

EL CORONEL JOSE IGNACIO RODRIGUEZ (EL MOSCA)

El destino de los hombres de una determinada época, que pasada ésta se hallen desadaptados en la que sigue inmediatamente.....

(Primera parte de un capítulo de un libro en preparación)

(Continuación)

Doctor OSWALDO DIAZ DIAZ



Así como la batalla de Iscuandé fue el punto cenital de la carrera militar del Coronel José Ignacio Rodríguez, el punto más bajo en ella o, por lo menos, el más criticado ha sido su retirada en Tacines. Mucho se ha escrito sobre este episodio y cada nuevo autor que toma el tema acumula más oscuras tintas sobre la persona del Mosca. Hubo testigos o que presenciaron el episodio o se hallaban muy cerca de allí y asistieron a su culminación, sin embargo sus relatos están muy lejos de ser concordantes; me refiero al Abanderado José María Espinosa, a los Generales Antonio Obando y José Hilario López, al General Cabal y al Secretario de Nariño don Alejandro Osorio. Por su parte Nariño solo hace una dolorosa mención general del abandono que sufrió en Pasto pero no precisa si su amarga decepción se refiere a Rodríguez o a José María Cabal.

Pongámonos en antecedentes antes de examinar más el caso. El día 9 de mayo de 1814 había tenido lugar la acción de Tacines, empeñada desde las siete de la mañana con el fuego de fusilería y artillería y en la cual se empleó todo el ejército del Precursor, pues entraron al fuego todas las tropas. Tanto Nariño como sus soldados hicieron allí prodigios de valor, combatiendo en posición desventajosa, has-

ta poner en fuga al enemigo después de diez horas de briega. Una victoria tan difícilmente lograda y el entusiasmo de tener ya al alcance de la mano la codiciada ciudad de Pasto, impulsaron a Nariño a precipitarse, llevando con él el Granaderos de Cundinamarca, el Batallón del Socorro, el Bogotá y parte del Cauca, pero fue detenido en el Páramo de Tacines por una fuerte granizada y tuvo que pasar la noche a la intemperie con intenso frío y falta de alimentos. Al día siguiente se presentó Nariño en Pasto. Así pues, combatieron en el ejido de Pasto los Batallones de Cundinamarca, el Socorro, el Bogotá y parte del Cauca. En Tacines quedaron la artillería, parte del Batallón de Cauca, el de Neiva, el Cazadores y los heridos del combate anterior.

El día 10 se combatió sin descanso en los ejidos de Pasto desde que rayó el amanecer hasta que cayó la noche y aún se siguió combatiendo en la oscuridad. Pareció por un momento que la ciudad iba a caer en poder del Precursor, falta ya de las tropas regulares que la defendieran, pero celosamente guardada por las guerrillas pastusas que combatían con un extraordinario ardimiento y perfecto conocimiento del terreno donde obraban. De las tres alas en que se dividió el ejército de Nariño para el ataque decisivo, solo una, la del centro que él mismo

mandaba, resistió el choque, mientras las otras dos se veían envueltas y rechazadas y emprendían la retirada en dirección de Tacines. A la media noche Nariño decidió retirarse él también, por falta de hombres y de municiones, pero sus compañeros que lo habían visto comprometido en medio de un muy desigual combate y en inminente riesgo de caer prisionero, como que le mataron el caballo en medio del enemigo, regresaron antes al campo de Tacines con esas fatales noticias.

Vámonos ahora de la mano de Espinosa: "Al anoecer nos atacaron formados en tres columnas. Los nuestros se dividieron lo mismo, y la del centro, mandada por Nariño, en persona, les dió una carga tan formidable que los rechazó hasta la ciudad. La misma intrepidez del general era tal, que yo olvidada mi propio peligro para pensar en el suyo, que era inminente. Pero las otras dos alas habían sido envueltas y rechazadas, y los jefes, viendo que Nariño se dirigía a tomar una altura para dominar la población, lo creyeron derrotado y comenzaron a retirarse en dirección de Tacines, donde estaba el resto del ejército para buscar apoyo. A media noche resolvió Nariño retirarse también, pues no le quedaban sino unos pocos hombres y las municiones se habían agotado durante la pelea. Si la gente que estaba en Tacines se hubiera movido, como lo ordenó él repetidas veces, nosotros reforzados, habríamos resistido; pero no se cumplieron sus órdenes, no se por qué. Para probar el arrojo de Nariño en esta ocasión, basta citar el hecho siguiente, sabido de todos, pero que yo refiero como testigo ocular de él. Cerca del Calvario cayó muerto su caballo de un balazo, y entonces cargaron sobre el general varios soldados de caballería; él sin abandonar su caballo, con una pierna

de un lado y otra del otro del fiel animal, sacó prontamente sus pistolas y aguardó que se acercasen; cuando iban a hacerle fuego, les disparó simultáneamente, y cayendo muerto uno de los agresores, se contuvieron un momento los otros. En este instante llegó el entonces Capitán Joaquín París con unos pocos soldados y lo salvó de una muerte segura, o por lo menos de haber caído prisionero".

Sigue Espinosa refiriendo otros actos de valor de distintos oficiales y la retirada de los ejidos de Pasto y llega a este punto: "Poco después del amanecer llegamos a Tacines, y lo primero que encontramos fue un soldado que había sido herido en la acción anterior, hijo de un español Butío que servía con nosotros y aquél dijo al general: "Aquí no encuentra su Excellencia sino muertos y heridos. Un coronel vino de Pasto y dijo que mi general estaba prisionero, que todo se había perdido, que se clavase la artillería y se emprendiese la retirada, y así lo hizo mi comandante Cansino" En efecto esta noticia se había recibido en el campo de Tacines, traída por la gente derrotada de Pasto, y entonces el coronel Rodríguez, el mismo que no supo cumplir la orden de llevar el resto del ejército a Pasto en auxilio nuestro, sin aguardar más informes, se retiró con la tropa, no obstante la oposición y aún resistencia de algunos oficiales más previsores o menos pusilánimes. Todo quedó abandonado; la artillería (como doce piezas), los caballos, tiendas y pertrechos: y de todo el numeroso ejército, vencedor allí mismo dos días antes, solo quedábamos en el campo de nuestra anterior victoria el general Nariño y su hijo, los oficiales Francisco Pardo, Bautista Díaz, Martín Correa, el español Butío y yo. El mayor Cabal continuó su marcha con el objeto de recoger los dispersos y detener al resto de los que iban en

retirada, lo que no logró hasta el Tablón de los Gómez, perseguido como iba, muy de cerca por los pastusos". Dos cargos son lo que resultan a Rodríguez de la relación de Espinosa; no haber acudido a la llamada de Nariño y haber dado crédito a las noticias de la derrota y haber ordenado, en consecuencia, una precipitada retirada. Llamarlo pusilánime es descubrir el conjunto de sus hazañas y servicios a la independencia antes y después de la malhadada derrota. Arcesio Aragón acumula más negros baldones sobre el Mosca. Después de repetir el incidente de la cabeza de Asín, expresa: "Este incidente acabó de agriar su ánimo, concitando en él el enconado rencor que dio luego sus frutos, pues fue Rodríguez el jefe que en Tacines se denegó a auxiliar a Nariño, empeñado en una escaramuza con los pastusos, clavando los cañones y haciendo correr entre las tropas la noticia de que éste había sido vencido y había sido derrotado en Pasto" Anotamos al margen: Llamar escaramuza con los pastusos un combate que duró desde antes del amanecer hasta la media noche, donde dos columnas de las tres fueron derrotadas y donde estuvo a punto de caer prisionero el general en jefe, es, por lo menos, falta de síndrome, y ya vimos que no fue Rodríguez quien hizo correr la noticia de la derrota sino los fugitivos que venían de Pasto.

Jorge Ricardo Vejarano, inmejorable biógrafo del Precursor, es más enfático en los adjetivos con los que castiga al coronel: "El villano Rodríguez, aquél que en Calibío cortó la cabeza a Asín, predica la derrota, anuncia la pérdida de Nariño y no solamente no lo deja mover sino que incita a la desbandada. Se clavan los cañones, se abandona todo lo que no sea indispensable; soldados, oficiales y jefes disputan a sable las caballerías más rá-

pidas y el campamento de Tacines queda abandonado". La gradación o degradación de los adjetivos es progresiva. Rodríguez es pusilánime para Espinosa, enconado y rencoroso para Aragón, villano para Vejarano; en Espinosa, desobedece y se retira; en Aragón, se deniega a auxiliar a Nariño y hace correr entre las tropas la noticia de la pérdida de la batalla; en Vejarano, predica la derrota e incita a la desbandada. Los caballos que en Espinosa quedaban abandonados, aquí son disputados a sable por jefes, oficiales y soldados.

Pero quien más implacable se muestra con Rodríguez es otro de sus conmlitones en esta ocasión, el general Antonio Obando. Su relación es larga y solo entresacamos lo más pertinente. Comentando el hecho de que en el Páramo de Tacines se alojasen en la tienda de campaña del ausente Nariño, Rodríguez y los demás jefes, dice: "Ya estaba seguramente tramado el plan de vender al general, aunque a costas de perder el ejército y poner en mucho peligro la suerte de la patria, pero lo cierto fue que se consumó el crimen y la traición". ¿Cómo podían estar tramando Rodríguez y otros jefes un plan, cuya única base era la derrota de Nariño en Pasto, si ellos aún ignoraban en qué condiciones se hallaba combatiendo el general? Un poco más adelante dice: "Como a la media noche oí en la tienda una conversación de soldados. Decía uno: "Al general y al coronel Cabal los mataron cerca del puente, y todo se perdió". Me refregaba los ojos creyendo estaba dormido y que lo que oía era sueño. Cerciorado de la realidad llamé a Malo, que estaba despierto, y le sucedía lo mismo que a mí, y le dije: "¿Oye?". "Sí" me contestó, llamamos, pues: vino un sirviente; "¿Qué es lo que hay?" preguntamos. El soldado de caballería Maldonado

acaba de llegar y dice lo mismo que habíamos oído. "Que vaya inmediatamente donde el general Rodríguez y le dé parte", le replicamos. Como un cuarto de hora después nos llaman los asistentes y nos dicen: "Hay retirada" ¡Cuál sería nuestra sorpresa con semejante noticia! "Traigan la mula ensillada y vamos donde está el coronel". Llegamos, todo era desorden. "Claven la artillería". Decían unos; otros rompan equipajes y lleven algo para que estos no puedan marchar". Unos rompían trastos, otros desgarraban tiendas. Los alaridos de los heridos daban compasión; pedían por Dios que los acabaran de matar antes que dejarlos en poder de un enemigo tan sanguinario. Nosotros nos volvimos unos misioneros y le hacíamos presente a Rodríguez que aún suponiendo por cierto lo que anunciaba Maldonado, allí, se hallaba todo ese ejército vencedor el día anterior en los sitios de Tacines y que no veíamos la necesidad de una retirada tan vergonzosa y en desorden. A este tiempo llega el Comandante Vergara y asegura que todo lo que había dicho Maldonado era falso: que el General y Cabal quedaron vivos en la casa del ejido de Pasto, a donde se habían retirado después de cesado el combate, por la oscuridad de la noche y que éste había quedado indeciso, sin haber decidido la batalla por ninguna de las dos partes; y que a él lo había mandado el general a saber que novedad había ocurrido en el ejército cuando no había llegado la infantería a Pasto, según sus órdenes. Con esta relación era creíble que Rodríguez insistiese en la retirada? La efectuó pues en aquella madrugada abandonando la artillería, equipajes, armamento, municiones y una infinidad de heridos que no podían moverse entre ellos muy buenos oficiales, que perecieron en manos de aquellos asesinos".

El relato es vivo, dramático, tan apresurado que se llama indistintamente a Rodríguez Coronel y General. Pero ¿por qué allí dice Obando que en Tacines estaba todo el ejército que había vencido dos días antes, si con Nariño se hallaban el Cundinamarca, el Socorro, el Bogotá y parte del Cauca? Ya aquí no es un coronel el que trae la noticia, como dijera a Espinosa el herido soldado Butío, sino un soldado de caballería llamado Maldonado. Solo Malo y Obando conservan la presencia de ánimo y se convierten en misioneros pero en vano. Solo falta a este cuadro la disputa a sablazos por la caballería a que alude Vejarano.

Pero aún quedan testimonios. Habla aquí otro oficial que también escribió sus memorias y dejó el relato de estos hechos y a quien juzgamos imparcial entre Nariño y Rodríguez pues a los dos les hace serias críticas. Dice el General José Hilario López: "En el segundo conato que hizo el enemigo sobre nosotros, quedó envuelto el Comandante Monsalve con parte de su Batallón, y como en esta ocasión tuvimos que luchar cuerpo a cuerpo, y vencer con arma blanca, habiendo tenido aquél la suerte de desembarazarse, se vió en la necesidad de hacer una retirada por la misma dirección en que habíamos hecho la marcha sobre Pasto, y viéndonos empeñados y confundidos con los enemigos a la vez que él (Monsalve) era acosado de cerca por fuerzas muy superiores, sin que le fuera posible volver al campo de batalla, se alejó sin haber sabido el resultado del empeño, pero todo le hacía presumir que habíamos sido vencidos, con cuya noticia se presentó a la reserva, que no se había movido del campo de Tacines, y dió las nuevas más desfavorables, que confirmaba con su presencia, pues se le veía retirar con muy pocos soldados, siendo uno de los jefes más denodados del ejér-

cito. Gracias a la resolución de nuestras huestes no había sucedido lo que creía Monsalve; nosotros habíamos vencido y éramos dueños del campo de batalla. En cada carga que dábamos reponíamos nuestras municiones y aún nuestras fuerzas corporales, alimentándonos de los fiambres que tomábamos a los muertos y a los prisioneros y con mazorcas de maíz tierno que cogíamos en sus sementeras y comíamos crudas. Empero, nuestro número se disminuía de instante en instante, pues el combate no se interrumpía. No hay duda ninguna que si nos hubiesen llegado dos de nuestras piezas de montaña y 200 hombres para reponer parte de nuestras bajas, la ciudad habría sido ocupada y hubiéramos marchado en triunfo hasta el Guáitara, desembarazándonos por entonces de las atenciones tan delicadas y críticas de que estábamos rodeados" Ahora tenemos que fue el valentísimo Pedro Monsalve, Comandante del Batallón del Socorro, y no Butío ni Maldonado, quien trajo a Tacines la noticia de la derrota de Nariño en los ejidos de Pasto; noticia para Monsalve cierta, pero que, gracias al heroísmo del General y de su tropa, no era una realidad; aunque la misma presencia de Monsalve en Tacines con pocos sobrevivientes daba indicios de derrota.

En el capítulo siguiente de las Memorias de López podemos leer: "A poca distancia di alcance, ya en el campo, a la división. Yo esperaba que allí encontraríamos nuestra fuerza de reserva pronta a rehacer lo que habíamos perdido; pero cuál fue mi sorpresa al ver nuestra artillería clavada, sus montajes inutilizados, nuestras tiendas de campaña despedazadas y muchos de los heridos de esta memorable batalla exhalando su último aliento, por la gravedad de las heridas, por el hambre y el frío! No veía por parte alguna uno solo de

nuestros compañeros de reserva en estado de llevar armas, y este espectáculo verdaderamente lastimoso y extraño, me hizo juzgar al principio que dicha división había sido atacada y batida, como lo había temido el general; más luego me desengañé al saber que las noticias que había dado el Comandante Monsalve, de quien ya he hablado más arriba, habían dado lugar a una junta de guerra compuesta de los jefes que allí estaban, y que estos juzgándonos perdidos a los de vanguardia, habían deliberado inutilizar todo lo que no podían llevar, abandonando hasta sus equipajes, y salvarse por una pronta retirada antes que el enemigo cayese sobre ellos, y que todo lo habían puesto en ejecución desde la vispera. Los jefes que tal resolución tomaron fueron el Coronel Ignacio Rodríguez y los Comandantes Cansino, Vego y Monsalve". Varias cosas se deducen de este relato. Mal se comprende una junta de oficiales que deliberan juntos con esta afirmación de Vejarano: "Se clavan los cañones, se abandona todo lo que no sea indispensable; soldados, jefes y oficiales se disputan a sable las caballerías más rápidas y el campamento de Tacines queda abandonado". En segundo lugar, sea que la retirada de Tacines hubiera sido inspirada por un pánico, como parece lo cierto, o movida por la perfidia, el rencor y la traición, la responsabilidad **no es solo de José Ignacio Rodríguez sino que la compartió con otros tres oficiales y en ninguno de los cuatro, Rodríguez, Vego, Monsalve o Cansino, cabía cobardía.**

Todavía tenemos más testimonios. Este es el de uno de quienes tenían que sufrir con la derrota y la retirada, el General Cabal. Dice en su Parte al Excelentísimo Colegio Constituyente y Electoral de Popayán: "Cuatro veces vino sobre nosotros el enemigo, y cuatro veces fue rechazado,

sacándolo de su atrincheramiento y persiguiéndolo hasta las mismas calles de Pasto. La última que hizo todos sus esfuerzos cargó sobre nosotros con toda su fuerza y alguna caballería, intentando rodearnos por todas partes; con este motivo mandó el general que la tropa se dividiese en tres trozos para atender al frente y a los costados. Este fue el momento en que yo vi a nuestro general más grande y más heroico. A todas partes atendía sin reparar en los peligros, recorría todas las divisiones, animaba con su ejemplo a aquéllos a quienes la fatiga hacía ya flaquear y puesto al frente de la división del centro ataca a la fuerza principal del enemigo, entrando muchas veces en sus filas en donde le mataron el caballo. Pero siempre impertérrito y valiente, no afloja un solo instante, continúa con la misma impetuosidad con que había comenzado y consigue rechazarlo completamente. Las divisiones de la derecha y de la izquierda obraban con la misma firmeza y energía; pero siendo ya de noche y estando bastante distantes las unas de las otras, esta última creyó que habían sido envueltas las otras dos y trató de retirarse hacia nuestro campo. Habiéndose adelantado algunos soldados, llevaron la funesta noticia de que todos habíamos perecido; a esta se agregó la llegada de algunos oficiales que aseguraban lo mismo, y la consternación se extendió por todo el campo. Los soldados que lo guardaban se aterran, los oficiales encargados de su defensa no saben lo que han de hacer, y como sucede en los momentos de espanto y de confusión en que la reflexión tiene poco lugar, se toma el partido que conviene menos. En efecto, adoptaron por desgracia, el de la desesperación y determinaron retirarse con la tropa salvando el fondo del ejército y clavar la artillería,

abandonando las tiendas, municiones y caballería”.

Este relato, acaso el más sereno, confirma que fue la división de Monsalve la que se retiró creyéndose cercada y la que llevó la noticia a Tacines y que la resolución de la retirada fue tomada en plural por varios oficiales y que se retiraron con la tropa, salvando la caja del ejército y abandonando artillería, tiendas y municiones y aún caballos, a despecho de la disputa a sablazos de que ya hicimos mención.

Hace diez años, el erudito historiador y Archivero General del Cauca don José María Arboleda Llorente dió a la imprenta un fragmento de las Memorias del General Laureano López, con el título de: Acontecimientos verídicos ocurridos en la guerra de independencia, de los años 1814, 1815 y 1816, en el sur de la República, ocultos hasta ahora entre las obras de esta clase (1952). Carga duramente la mano este otro general López sobre Nariño, refiere con líneas conmovidas lo que vió al llegar a Tacines, pero no culpa a nadie en particular de este desastroso espectáculo y, más adelante, al hacer un encendido elogio de la manera como Cabal asumió el mando y dirigió la retirada dice: “Nos quedaba una fuerte tabla de salvación en este tan aflictivo naufragio; el héroe, el incomparable, el valiente e intrépido patriota, víctima del felino corazón del feroz Sámano; en una palabra, el virtuoso y eminente General José María Cabal, fusilado después en Popayán en agosto de 1816, con sus impertérritos compañeros Coronel José María Quijano, Comandante Mariano Matute y José María Rodríguez, todos compañeros de armas en la misma campaña y prisioneros por ese malvado en la acción de la Cuchilla del Tambo, perdida por los patriotas al mando del intrépido Liborio Mejía, el 29 de

junio de 1816, víctima también de la ferocidad española, en un patíbulo, en el mismo enlutado año de 1816. Preciso me es tocar en los nombres de estos héroes para continuar la narración que me he propuesto diseñar.....”
“Trata luego de la retirada alabando las acertadas disposiciones de Cabal y como contuvo el pánico. Contradican estas aseveraciones las de Espinosa y las de Antonio Obando.

Creemos que solo nos falta presentar un testimonio de quienes presenciaron estos acontecimientos y escribieron sobre ellos. Es el de don Alejandro Osorio, Secretario del General Nariño. Dice así, en algunos apartes:

“Apenas había llegado al ejido la descubierta, fue atacada por una partida; voló a protegerlo el centro de la división, y la partida huyó hasta las calles de la ciudad. La división habría entrado en ella en persecución de esta partida, pero el general ordenó retirarse al Ejido. Serían las 8 de la mañana, y desde esta hora se vió comprometida la división a sostener el fuego hasta las 7 de la noche. La partida enemiga, fuese que advirtió que la tropa no llevaba artillería, que no era todo el ejército o que era cobardía no haber entrado a la ciudad, fue aumentándose por momentos, sin dejar descansar nuestra tropa. A las 6 se había reunido todo el ejército enemigo; muchas veces en el día se le había hecho retroceder hasta la ciudad. El general manifestó un valor extraordinario: solo con su sable dispersó una partida de caballería que se dirigió contra él. Por la noche atacó el ejército enemigo en tres divisiones, y el General formó otras tres para oponerse a cada una de ellas. La del centro, que la mandaba él mismo, derrotó completamente al enemigo, hasta obligarlo a evacuar la ciudad; pero los Comandantes de las otras dos divisiones, en vez de reunirse a la tercera,

juzgando que ésta había sido envuelta y destrozada, se vinieron al campo donde estaba la artillería. El Mayor General Cabal, en estas circunstancias, persuadió al General se retirase a reunirse con el resto del ejército: el enemigo había sido derrotado pero podía reunirse por la noche, observar al amanecer el estado en que había quedado la división, que no constaba ya sino de 200 hombres; las municiones se habían consumido todas, y la última victoria se había obtenido con las puntas de las bayonetas e infaliblemente serían destruidos. El General resolvió venirse a las 11 de la noche, para volver al día siguiente a tomar a Pasto”.

“En tanto que esto pasaba en el Ejido de Pasto, los soldados y aún oficiales, entre ellos algunos de reconocido valor y crédito, que llegaban al campo que mandaba el Coronel Rodríguez, aseguraban que no quedaba más fuerza que los pocos soldados que iban llegando, que había muerto el Mayor General y que el General era prisionero. Rodríguez, sin examinar este relato, dió orden de que fuera clavada la artillería y que el ejército se retirara sin demora. Hubo oficiales que se opusieron a esta inconsiderada resolución, pero el desaliento y la desconfianza se habían apoderado del ejército: se juzgaba la empresa de tomar a Pasto más que temeraria, se juzgó mal, que se hallaban en el más eminente riesgo de ser destruidos, y no se pensó sino en salvarse”.

“No es de admirar que un ejército sin General, escaso ya de municiones y abandonado en sí mismo, tomase este partido, a pesar de haber adquirido los más brillantes triunfos, superado grandes obstáculos, que el arte y además, por otra parte, la naturaleza, oponían a cada paso, y a pesar de hallarse victorioso y en el día mismo de tomarse a la rebelde ciudad de

Pasto, término de sus fatigas y de sus privaciones y término de la campaña, y la noticia de los prodigios de valor ejecutados por las tropas, habían obligado al Presidente de Quito a tomar disposiciones para abandonar la ciudad. A las 5 de la mañana del día 12 se puso el ejército en marcha de retirada, tomando el camino que se dirige al Tablón de los Gómez”.

Creemos haber agotado ya cuantos testimonios de contemporáneos existen sobre el desgraciado acontecimiento de Tacines. De los comentadores posteriores tomamos algunos, además de los que se presentaron atrás.

Scarpetta y Vergara en el artículo sobre José Ignacio Rodríguez incluido en su Diccionario dice: “Nariño se encontró con muy pocos de los suyos y muchos enemigos sobre el Ejido de la ciudad; regresó a buscar su gente y halló poca y a los heridos, quienes le informaron que Rodríguez había clavado la artillería y seguido para Popayán. Esta medida fue salvadora, pues sin este paso los realistas se habrían apoderado de ella, y quien sabe cuantas desgracias habrían sobrevenido a los patriotas”.

El único comentario estrictamente militar que se haya hecho sobre la Campaña del Sur es el del Coronel Rafael Negret, Jefe del Departamento de Historia del Estado Mayor, quien en 1819 publicó su obra **“Campaña del Sur del General Antonio Nariño. 1813-1814”**. De ella transcribimos algunos párrafos. En el primero hace referencia a la obra del escritor nariñense López Alvarez y en el segundo a la de doña Soledad Acosta de Samper. Lo restante es el comentario militar de Negret.

“Refiriéndose a la retirada de Tacines, dice el mismo señor López Alvarez: “¿Qué abandono puede haber cuando la mayor parte del ejército patriota derrotado a las puertas de Pas-

to, impelido por el consiguiente pánico, llega a Tacines, produce el desconcierto en los 300 soldados de la reserva y busca la seguridad en la fuga? ¿Y por qué se ha pretendido arrojar el estigma de traidor en la frente del valeroso Coronel Rodríguez, por el hecho de haber ordenado una retirada que él no podía evitar, retirada que por ser hija de la voluntad de todos los soldados, se hubiera llevado a cabo más desastrosamente si Rodríguez se empeñaba en impedirlo?”

Doña Soledad Acosta de Samper dice: “¿Fue cierto acaso que los oficiales que no querían a Nariño le traicionaron deliberadamente, y que en la desobediencia de Rodríguez debemos ver el deseo de dejar a Nariño deslucido en su campaña, aunque sufriera la patria un golpe mortal?. No lo creemos. Entre nosotros, de entonces acá, en todas las guerra siempre el vulgo ha querido ver traición en toda derrota o retirada”.

“De todo lo anotado se deduce, como hecho que no puede someterse a duda, que al campo de Tacines llegó la noticia desconcertante, llevada por soldados y aún por oficiales de reconocido valor, de que las tropas habían sido derrotadas y el General Nariño estaba prisionero; y que esto decidió a Rodríguez, oído el parecer de algunos compañeros, a clavar la artillería y tomar la retirada”.

“Conocida era la situación desesperante del ejército patriota; se sabía que el alma de la expedición era Nariño. Cuando menos se espera es derrotado y cae en manos del enemigo”.

“Conocida la actuación del Coronel Rodríguez hasta la acción de Tacines, y tomada en cuenta la circunstancia del desaliento que abatía a las tropas por la falta de recursos, y más que todo por la pérdida del General, podría culparse a Rodríguez la falta de capacidades para dominar una situa-

ción difícil, pero nunca de cobarde y menos de traidor”.

“¿Qué podría perseguir Rodríguez traicionando en ese momento y en ese lugar la causa a la cual había prestado importantes servicios?”.

Nuestra admiración por Nariño es tanta que lo consideramos el mayor de los granadinos a par con Santander. Siendo diferentísimos los dos en su carácter, en sus actuaciones, en sus conceptos y prácticas de política y adversarios tenaces el uno del otro, son iguales en patriotismo, en merecimientos para la historia y en grandeza. Pero el culto de los más grandes no puede cegarnos al analizar las acciones de los que fueron menores que ellos pero no menos empeñados en la defensa de la libertad y en la obtención de la independencia.

El incidente de la cabeza de Asín referido por Espinosa y la reprimenda enérgica de Nariño, en concepto del Abanderado, vinieron a causar la pérdida del ejército y de la Campaña. Esta tradición se ha repetido cada vez en términos más hostiles. De ahí se ha originado la acusación de deslealtad, de traición premeditada y de venganza rencorosa en contra de Rodríguez. Las afirmaciones de Espinosa y de Antonio Obando que le atribuyen toda la responsabilidad, quedan contrapesadas con las de José Hilario López y Cabal que hablan de que fue una junta de oficiales a la que asistieron Monsalve, Comandante del Batallón del Socorro, Enrique Virgo (o Vego, Comandante del Cazadores, Rodríguez, Comandante del campo, en virtud de las alarmantes noticias de la artillería, la que decidió clavar la artillería, descomponer sus afustes, inutilizar la munición y abandonar el campo, en virtud de las alarmantes noticias de Monsalve, quien venía del campo de batalla y de quien no tenían por qué dudar sus conmlitones.

Celebrada la junta de oficiales se acordó la retirada.

Cansino procedió a clavar la artillería, como lo afirma Butío. Eran doce piezas y debió tomar algún tiempo el meterles un clavo por el oído de la recámara a golpes de mazo. Entre tanto otros se dedicaban a inutilizar la pólvora y a dispersar la munición para que no quedara en situación de ser aprovechada por el enemigo. Por eso el General Laureano López vió: “las piezas de artillería clavadas, la pólvora regada en los fangales, las balas de artillería y granadas echadas a rodar por tan empinadas cuestas”. Eran medidas todas acertadas para quienes creían completamente derrotado al General en Jefe y perdido el resto del ejército. Así impedían o, por lo menos, retardaban el que el enemigo pudiera aprovechar aquello que ellos se veían obligados a abandonar.

Hubo ciertamente pánico en Tacines, como los ha habido en muchas de las guerras antiguas, en las de nuestra independencia y aún en la época moderna, a pesar de que ahora abundan los sistemas de información exacta e inmediata. Como consecuencia de ese pánico hubo una retirada, precipitada y en desorden, hasta que Cabal asumió enérgicamente el mando, fuera en Tacines, como dice Laureano López, o en el Tablón de los Gómez, como dicen otros. Pero afirmar rotundamente que fueron la pusilanimidad, el rencor, la venganza y una traición que iba a envolver la ruina de todo un ejército, las que movieron a un patriota tan antiguo en el servicio de la Independencia como José Ignacio Rodríguez, nos parece temerario. Si el Mosca no hubiera sido amigo y conmlitón de Baraya acaso su conducta no se habría registrado tan severamente por Espinosa. La más bella cualidad del Abanderado es su lealtad insobornable a Nariño, pero esa misma virtud

acaso llegó a un extremo tal que lo impulsó a echar un baldón grave sobre la reputación de un compañero de armas y subalterno del General, afirmación que se ha venido repitiendo y acentuando de historia en historia.

Scarpetta y Vergara, y don Gabino Charry en su obra **Frutos de mi Tierra**, afirman que José Ignacio Rodríguez se halló en las acciones de Ovejas, Río Palo y Cuchillas del Tambo; y Laureano López llega a decir que en ésta cayó prisionero, lo que es de todo punto imposible, porque hubiera figurado en señalado lugar en la lista que formó Sámano y en las Memorias de Espinosa. En la colección de documentos de O' Leary. Tomo XIV, aparecen los siguientes oficios. "Al Jefe de Brigada de Milicias José Ignacio Rodríguez. El Excelentísimo Señor Presidente ha resuelto que Ud., marche inmediatamente a la ciudad de Honda a las órdenes del Gobernador de aquella provincia, que pide con urgencia oficiales útiles, y dará a US., el destino que haya de servicio. Lo que comunico a US., para que en cumplimiento de dicha resolución verifique inmediatamente su marcha al destino que va indicado. Dios, etc., 13 de abril de 1816. José María del Castillo". Nota. En 14 se pasó orden a Rodríguez de permanecer en esta villa hasta otra orden". Dos días después se expide este nuevo oficio: "Al Jefe de Brigada de Milicias señor Ignacio Rodríguez y al Capitán Fermín Rodríguez. El Excelentísimo señor Presidente ha dispuesto en esta fecha que US., marche inmediatamente a Casanare a donde le dará servicio el General Jefe del ejército de Oriente, a quien lo aviso en esta fecha; y lo cumunico a US., para su conocimiento. Dios, etc., abril 16 de 1816. José María del Castillo". "Al General de Oriente. El Excelentísimo señor Presidente ha destinado con esta fecha a servir en ese

ejército al jefe de Brigada de Milicias José Ignacio Rodríguez y a su hermano el Capitán Fermín, a quienes comunico la orden de marcha con la misma. Lo aviso a US., para que los destine a él como oficiales útiles, Dios, etc., abril 16 de 1816, José María del Castillo".

No sabemos si Rodríguez y su hermano marcharían efectivamente a ponerse a órdenes de don Joaquín Ricaurte o si partirían con el Presidente Fernández Madrid.

Es muy probable que hubiera regresado del Valle del Cauca con Serviez o con Pedro Monsalve y hubiera permanecido en Santafé en lugar de incorporarse a las tropas de la Guardia de Honor y del Socorro que acompañaron a Madrid y combatieron en el sur, ni a las que Serviez sacó a Casanare. Terminaba la carrera de oficial de Rodríguez y comenzaba la de guerrillero.

Sabemos que fue casado con doña Toribia Escobar en 1801 y que dicha señora era muy sobrada de bienes de fortuna. Pero Rodríguez, ya lo vimos, comprometió esos bienes en la empresa de la Independencia. Su viuda presentó en el año de 1846 solicitud de pensión como cónyuge sobreviviente del eminente patriota. Adujo los certificados de servicio que eran de rigor, entre ellos algunos firmados por hombres de la mayor importancia y que habían sido compañeros de armas de su marido, como el General José Hilario López, el General Antonio Obando, el General Joaquín París, el General don Domingo Caicedo. De estas piezas entre sacamos algunos apartes.

Del General José Hilario López: "Que después de haber ocupado el ejército realista casi todo el territorio de la Nueva Granada, el Coronel Rodríguez se ocultó, en esta ciudad hasta que pudo escaparse a las ásperas montañas del lado de la Mesa de Juan

Díaz, en donde levantó una guerrilla, con la cual hostilizó al ejército realista y llamó constantemente la atención del Virrey Sámano, hasta la libertad de esta capital, debido a la brillante Batalla de Boyacá”.

Del General Antonio Obando, el mismo que tan rudamente lo trata por el episodio de Tacines: “Después que el Ejército Pacificador ocupó toda la Nueva Granada, el Coronel de que me ocupó se retiró y ocultó en las montañas de las cercanías de la Mesa. Formó después una guerrilla con la que hostilizó continuamente al ejército enemigo y tuvo en una constante alarma al Virrey Sámano y últimamente después del triunfo de Boyacá persiguió y hostilizó la fuerza que se retiraba para Popayán, debiéndose a esta conducta la dispersión de una parte de ellas, causa porque el ejército que formaron después los españoles en Pasto no fue tan numeroso”.

De don Domingo Caicedo: “Conoci en el ejército (de Nariño) desde Purificación a los señores Fermín y José Ignacio Rodríguez, el primero como Capitán y el segundo como Teniente Coronel, jefe de una columna.... Fermín murió combatiendo en Tacines.. José Ignacio, hasta 1816 sostuvo la guerra en Popoyán contra los patianos.. en 1818 supe que este mismo jefe había levantado una guerrilla por los pueblos de Cunday, Melgar, Tocaima, etc., con que hostilizaba a las autoridades españolas, en cuya faena duró por todo un año.. En 1819, cuando el Coronel Rodríguez supo la derrota de las fuerzas españolas en Boyacá, inmediatamente levantó partidas de tropa para ponerse a retaguardia en la retirada que emprendieron hacia Popayán, con que no dejó de tener buenos resultados en atención a las pérdidas considerables que sufrían los perseguidos en su marcha, operación que se hizo hasta las cercanías de la

Plata y de este punto regresó el Coronel Rodríguez con la fuerza hacia esta ciudad para incorporarse a la división que más luego se organizó en esta provincia a las órdenes del señor General José Mires, para seguir sobre Popayán.. No creo fuera del caso manifestar que en esta última acción en la cual también era el que suscribe Gobernador y Jefe Militar de esta provincia, pasó incorporado como Sargento Aspirante en la fuerza que trajo el señor Coronel Rodríguez el joven Alejandro Gaitán (hoy Capitán) hijo de la muy distinguida patriota señora Carmen Rodríguez de Gaitán y sobrino del Coronel”. Don Domingo se refería a la época en que él fue Gobernador de la Provincia de Neiva, inmediatamente después de Boyacá. Hay que advertir que el señor Caicedo tuvo una mala información, pues Fermín Rodríguez no murió en Tacines, ya que fue destinado con su hermano en abril de 1816 al ejército del Norte, seguramente cayó en alguna de las numerosas batallas posteriores.

Del General París: “En 1819 se presentó al Ejército Libertador, habiendo estado antes hostilizando a los españoles con su guerrilla”.

La guerrilla de Rodríguez operó por toda la vertiente de la Cordillera que de la Sabana se descuelga hacia el Magdalena. En ella estuvo muy probablemente incorporada la de José Antonio Olaya. Sabemos por el testimonio de Andrea Ricaurte de Lozano que desde la Mesa le escribió Rodríguez presentándole a Policarpa Salavarrieta, quien también traía cartas de recomendación de Ambrosio Almeida que se hallaba en Tocaima. Se ve que la acción subversiva era muy ramificada y dispersa por necesidad, para evadir la vigilancia española, pero unida ocultamente por estrechos vínculos, así que todos los patriotas escondidos

en las ciudades, fugitivos en los montes o discretamente disimulados, estaban coaligados.

Rodríguez, bajo diferentes disfraces, entre ellos el de harinero, hacía frecuentes visitas nocturnas a la ciudad. Dicen Scarpetta y Vergara: "Rodríguez fue uno de los guerrilleros más atrevidos, y que más maltrataron a los realistas en el Oriente (debe leerse Occidente) de Bogotá. Puesto de acuerdo con su hermana la señora Carmen Rodríguez, se presentaba con frecuencia en Bogotá disfrazado de harinero; y con el pretexto de vender las cargas de harina que conducía, se ponía en comunicación con su hermana y con todos los demás patriotas, que como ella, le suministraron los recursos para hacer la guerra al despotismo español".

En una de estas escapadas ocultas a la capital estuvo el Mosca a punto de ser atrapado. Relató a su hijo doña Andrea Ricaurte de Lozano; "como a los tres días (de la prisión de Policarpa) volvió Iglesias a rondar la casa: había llegado mi compadre Ignacio Rodríguez y se había acostado cuando sentí a Iglesias, cubrí a mi compadre con un poco de ropa sucia; él se quejaba; me preguntó Iglesias quien estaba ahí; le contesté que un hombre que había llegado de Chuachí y se había enfermado de tabardillo, concluyó la ronda y se fue". Sin la presencia de ánimo de doña Andrea y sin el miedo del malvado Iglesias por el contagio del tabardillo, José Ignacio Rodríguez hubiera sido otra de las víctimas del Consejo de Guerra y del patíbulo. Sámano no hubiera perdonado la vida a quien había cooperado tan eficazmente a derrotarlo en el Valle, a quien había sido uno de sus más notables vencedores en Calibío ni, menos, al guerrillero que tanto hostilizaba las fuerzas españolas. Afortunadamente el Mosca pudo escapar de las

telas de esa araña, para reaparecer después de la Batalla de Boyacá.

En cuanto la feliz noticia llegó a su conocimiento y supo que las fuerzas españolas se retiraban en derrota, levantó partidas de tropa para ponerseles a la retaguardia en su marcha hacia Popayán. Así lo vimos en las certificaciones de Antonio Obando, Joaquín París, Domingo Caicedo y José Hilario López.

Don José María Restrepo Sáenz, dice así: "Salido de su escondite en agosto de 1819, con las dianas de Boyacá, marchó a poco a Neiva con una partida de gente en persecución de los realistas, y el 5 de septiembre llegó a la Plata. El enemigo había pasado la cordillera y al parecer, la provincia estaba tranquila. En el mismo mes y después de haber obrado con bastante actividad, entregó la tropa que tenía a disposición al Comandante Pedro Antonio García. Pero siguió prestando servicios a la República en la comarca: en noviembre actuaba en Garzón y en mayo de 1820, cuando el General Valdés pasó para el Valle del Cauca a la cabeza del ejército del Sur, Rodríguez se quedó en la Plata encargado de los enfermos. Obtuvo su retiro en 1821 y murió en Bogotá el 19 de septiembre de 1829.

Sobre el retiro del servicio del Coronel son significativas las siguientes comunicaciones cruzadas entre Santander y Bolívar.

Del Libertador, desde Cúcuta a 19 de mayo de 1820: "Muy contento estoy con todas nuestras cosas: es una reunión muy feliz la Revolución de España, la llegada de la expedición irlandesa a Río Hacha, la llegada del General Urdaneta con 1.000 fusileros y cerca de 3.000 fusiles, el quietismo de la Torre, la expedición de Rodríguez sobre la Plata, la marcha de los Batallones de Rifles y Pamplona a Ocaña y Maracaibo; todo esto es admira-

ble: pero la falta de dinero nos mata”.

De Santander para Bolívar, desde Bogotá, a 14 de junio: “Valdés me escribe desde Lame el 2 de junio, sin decir nada del enemigo. Parece que entre Manrique, Urdaneta y un tal Rodríguez (alias Mosca) traen loco a Valdés con sus simplezas, fanfarronadas, niñerías y proyectos. El tiene poca paciencia y un carácter muy franco, que le es muy perjudicial, porque a nadie le gusta que le digan verdades con sus pasadeces. Por lo general, todos están muy contentos y muy confiados en Valdés. Hasta yo lo estoy, principalmente por su obediencia y decisión por usted”.

De Bolívar para Santander, desde Ocaña, a 21 de junio: “El Mosca Rodríguez, Urdaneta y otros semejantes merecen que los encierren en una cárcel hasta que se acabe la Revolución. Haga usted fundar un hospicio para semejantes hombres y que se llene, que no le faltaran candidatos”.

Es destino de los hombres de una determinada época que, pasada ésta, se hallen desadaptados en la que sigue inmediatamente. Rodríguez había sido el hombre de 1810 a 1820, de las acciones improvisadas y llevadas a cabo con resolución, como el combate de Iscuandé, el hombre de las guerrillas, del mando de pequeñas partidas audaces, pero que ya sobraba en una república ordenada por las enérgicas manos de Bolívar y Santander. El Coronel pide sus letras de retiro y

comienza a borrarse del plano militar y político. Scarpetta y Vergara dicen que: “Después de la Batalla de Boyacá volvió al servicio y continuó en él siempre con el mismo entusiasmo que había tenido antes. Amigo de Bolívar, combatió la revolución de 1828”.

Murió el Coronel en Bogotá, el 19 de septiembre de 1829. Rematamos su biografía con el siguiente párrafo de José María Restrepo Sáenz: “Cuenta en ameno escrito don Ricardo Santa María Ordóñez, que una de las hijas de don José Ignacio, doña Victoria Rodríguez Escobar, nacida en Neiva en 1806, sobresaliente por su gracia y donaire, contrajo matrimonio en Bogotá en 1828 con el señor Reinhard Franz Van Landsberge, joven holandés que ejercía el cargo de Cónsul de su país en varias ciudades de la Gran Colombia: que este caballero, con el correr de los años, por el de 1859, recibió el alto puesto de Virrey de las Indias Orientales, en Java, y doña Victoria en calidad de virreina, acompañó a su marido al archipiélago malayo, disfrutó en Batavia de los honores y homenajes correspondientes a su elevado rango y falleció en La Haya en 1883”.

Extraños destinos los de la humanidad. La estirpe original de la indígena y lejendaria Guatavita, fue a prolongarse en Batavia y la hija de quien había puesto en constantes apuros a Sámano fue a coronarse como Virreina en las antípodas.